

Jorge Dimitrov

---

**Escritos sobre el fascismo**

*Selección de textos*

Esta edición ha sido preparada en base a la selección de textos realizada por el Instituto del Libro Cubano en 1966.

AKAL EDITOR, 1976

Lorenza Correa, 13. Madrid-20. Telf.: 450 02 17

ISBN: 84-7339-231-0

Depósito legal: M. 2.588-1977

Impreso en España. *Printed in Spain*

Impreso en Técnicas Gráficas, S. L. Las Matas, 5. Madrid



**AKAL EDITOR**

**Por la unidad  
de la clase obrera  
contra el fascismo.**

*Discurso de resumen del camarada Dimitrov  
en el VII Congreso Mundial  
de la Internacional Comunista*

13 de agosto de 1935

¡Camaradas! Los minuciosos debates a que ha dado lugar mi informe atestiguan el enorme interés del Congreso por los problemas tácticos fundamentales y las tareas de lucha de la clase obrera contra la ofensiva del capital y del fascismo, contra la amenaza de la guerra imperialista.

Al hacer ahora el balance de la discusión mantenida durante ocho días, podemos registrar que todas las tesis sustanciales del informe encontraron la aprobación unánime del Congreso. Ninguno de los que han tomado parte en el debate tuvo nada que objetar contra las orientaciones tácticas mantenidas por nosotros, ni contra nuestro proyecto de resolución.

Puede afirmarse sin miedo que ninguno de los Congresos anteriores de la Internacional Comunista puso de manifiesto semejante cohesión ideológico-política como la de éste. La completa unanimidad de este Congreso atestigua que en nuestras filas ha llegado a plena madurez la conciencia de que es indispensable reconstruir nuestra política y nuestra táctica en consonancia con los cambios operados en la situación y tomando como base la riquísima e instructiva experiencia de estos últimos años.

Indudablemente esta unanimidad debe ser considerada como una de las condiciones más importantes para resolver con éxito el problema principal y más inmediato del movimiento internacional del proletariado: *establecer la unidad de acción de todas las fuerzas de la clase obrera en la lucha contra el fascismo.*

Para poder resolver con éxito este problema, necesitamos, en primer término, que los comunistas sepan manejar bien el arma del análisis marxista-leninista, estudiando cuidadosamente la situación concreta y la distribución de las fuerzas de clase en su desarrollo y fijen, en armonía con esto, sus planes de actuación y de lucha. Debemos extirpar del modo más implacable ese apego a los esquemas especulativos, a las fórmulas sin vida, a los patrones cortados, que no pocas veces

atosigan a nuestros camaradas. Tenemos que acabar con ese estado de cosas que consiste en que los comunistas, cuando carecen de conocimientos y de capacidad para un análisis marxista-leninista, suplanten este análisis por frases generales y consignas generales como la de "buscar una salida revolucionaria a la crisis", sin hacer el menor esfuerzo serio para esclarecer en presencia de qué condiciones, ante qué correlación de fuerzas de clase, en qué grado de madurez revolucionaria del proletariado y de las masas trabajadoras, con qué nivel de influencia del Partido Comunista es viable esa salida revolucionaria de la crisis. Sin este análisis, todas las consignas semejantes se convertirán en un engaño, en frases sin contenido, y sólo servirán para oscurecer nuestras tareas de cada día. Sin un análisis concreto, marxista-leninista, no sabremos plantear ni resolver jamás acertadamente ni el problema del fascismo, ni el del frente proletario y el popular, ni el de la actitud frente a la democracia burguesa, ni el del gobierno del Frente Unico, ni el de los procesos que se operan en el seno de la clase obrera y en particular entre los obreros socialdemócratas, ni tantos otros problemas nuevos y complicados como nos plantean y seguirán planteando la vida misma y el desarrollo de la lucha de clases.

En segundo lugar, necesitamos hombres vivos, hombres que salgan de la masa obrera, de sus luchas diarias, hombres de actividad combativa, entregados abnegadamente a la causa del proletariado, que lleven a la práctica, con sus cabezas y sus manos, los acuerdos de nuestro Congreso. Sin cuadros bolcheviques, leninistas, no podremos resolver los formidables problemas que plantea a los trabajadores la lucha contra el fascismo.

En tercer lugar, hacen falta hombres pertrechados con la brújula de la teoría marxista-leninista, sin cuyo manejo diestro se descende a ese mezquino practicismo que no ve el porvenir más allá de sus narices, que sólo sabe resolver los problemas de caso en caso, que dejan escapar toda perspectiva amplia de lucha, que indique a las masas a dónde vamos y por qué, a dónde conducimos a los trabajadores.

En cuarto lugar, necesitamos una organización de masas para llevar a cabo en la práctica nuestros acuerdos. Nuestra sola influencia ideológico-política no basta. Tenemos que poner fin a la orientación hacia la espontaneidad del movimiento, que es uno de nuestros lados flojos principales. Necesitamos tener presente que sin una labor de organización tenaz, perseverante, paciente, a veces aparentemente ingrata, las masas no navegarán jamás hacia la orilla comunista. Para saber organizar a las masas, tenemos que aprender el arte leninista de con-

vertir nuestros acuerdos en patrimonio, no sólo de los comunistas, sino de las amplísimas masas trabajadoras. Tenemos que aprender a hablar a las masas, no en el lenguaje de las fórmulas librescas, sino en el lenguaje de quienes luchan por la causa de las masas y cada una de cuyas palabras, cada una de cuyas ideas refleja los pensamientos y los sentimientos de millones de hombres.

En estos problemas querría yo detenerme ante todo, en mi discurso de resumen.

Camaradas: el Congreso ha recibido las nuevas orientaciones tácticas con un gran entusiasmo y unanimidad. Naturalmente, el entusiasmo y la unanimidad son de por sí cosas muy hermosas. Pero son todavía mejores cuando además van asociadas a un modo maduramente meditado, crítico de abordar los problemas que tenemos delante, a la asimilación acertada de los acuerdos adoptados y a la comprensión real y verdadera de los medios y métodos adecuados para aplicar aquellos acuerdos dentro de las condiciones concretas de cada país.

También antes adoptamos más de una vez con una gran unanimidad, acuerdos que no eran del todo malos. Pero la desgracia estaba en que, no pocas veces, los adoptábamos de un modo meramente formal y convirtiéndolos, en el mejor de los casos, en patrimonio de una pequeña vanguardia de la clase obrera. Nuestros acuerdos no se convertían en carne y sangre de las extensas masas, no se convertían en normas dirigentes de dirección para la actuación de millones de hombres.

¿Podemos afirmar que nos hemos sobrepuesto ya definitivamente a esta manera formalista de enfocar las resoluciones adoptadas? No. Hay que decir que también en este Congreso, en los discursos de alguno que otro camarada, se manifiestan todavía resabios de formalismo, se trasluce a veces la tendencia a suplantar al análisis de la realidad y de la experiencia viva por tal o cual esquema nuevo, por tal o cual nueva fórmula simplificada y sin vida, a presentar como una *realidad*, como *existente* aquello que nosotros *deseáramos* que existiese pero que no existe todavía en realidad.

La lucha contra el fascismo  
debe ser concreta

Ninguna definición general del fascismo, por muy acertada que sea de por sí, nos exime de la necesidad de estudiar y tener en cuenta de un modo concreto las peculiaridades del desarrollo del fascismo y de las diversas formas de la dictadura fascista en cada país y en cada etapa. Es necesario investigar, estudiar, hallar en cada país lo que

haya nacionalmente de peculiar, nacionalmente de específico en el fascismo y esforzarse por trazar congruentemente con ello los métodos y formas eficaces de lucha contra el fascismo.

Lenin nos prevenía insistentemente contra "la aplicación de patrones, la nivelación mecánica, la identificación de las reglas tácticas con las reglas de lucha". Esta advertencia cobra una justeza particular cuando se trata de la lucha contra un enemigo que explota tan refinada, tan jesuíticamente, en interés del gran capital, los sentimientos y los prejuicios nacionales de las masas y su estado de ánimo anticapitalista. A este enemigo hay que conocerlo con toda exactitud y en todos sus aspectos. Hay que reaccionar sin la menor dilación contra sus múltiples maniobras, poner al descubierto sus manejos ocultos, estar siempre dispuestos para hacerle frente en cualquier terreno y en cualquier momento. No hay que tener reparos incluso en aprender del enemigo, si esto nos ayuda a retorcerle el pescuezo antes y mejor.

Sería un error grave querer establecer un esquema cualquiera general del desarrollo del fascismo para todos los países y todos los pueblos. Este esquema, lejos de ayudarnos a librar la verdadera batalla, nos estorbaría. Aparte de otras cosas, lo que se consigue con esto es empujar al campo del fascismo, sin establecer diferencias, a aquellas capas de la población que en una fase determinada del desarrollo, de haber sabido abordarlas acertadamente hubieran podido llevarse a la lucha contra el fascismo, o, por lo menos, neutralizarlas.

Tomemos, por ejemplo, el desarrollo del fascismo en Francia y en Alemania. Algunos camaradas opinan que en Francia el fascismo no podrá, en términos generales, desarrollarse tan fácilmente como en Alemania. ¿Qué hay en esto de cierto y qué de falso? Es cierto que en Alemania no existían tradiciones democráticas tan arraigadas como en Francia, que hizo, en los siglos XVIII y XIX, varias revoluciones. Es cierto que Francia es el país que ganó la guerra e impuso el Tratado de Versalles a otros países, que en las masas de Francia no se da aquel agravio del sentimiento nacional, que tan gran papel desempeñó en Alemania. Es cierto que en Francia las masas principales del campesinado, sobre todo en las regiones del sur, abrigan sentimientos republicanos antifascistas, a diferencia de Alemania, donde ya antes los campesinos se hallaban bajo la influencia de los partidos de la reacción.

Pero, camaradas, pese a las diferencias existentes entre el desarrollo del movimiento fascista en Francia y en Alemania, pese a los factores que entorpecen la ofensiva del fascismo en Francia, sería miopía no ver que en este país crece ininterrumpidamente el peligro del fascismo

y menospreciar la posibilidad de un golpe fascista. En Francia se dan toda una serie de factores que favorecen, de otra parte, el desarrollo del fascismo. No olvidéis que la crisis económica, que en Francia comenzó más tarde que en otros países capitalistas, sigue ganando en profundidad y agudizándose y esto facilita singularmente la orgía de la demagogia fascista. El fascismo francés posee también dentro del ejército, entre la oficialidad, posiciones tan fuertes como no las poseía dentro de la Reichswehr ° los nacional-socialistas alemanes antes de subir al poder. Además, tal vez no exista ningún país en que la corrupción del régimen parlamentario haya cobrado proporciones tan monstruosas como en Francia, ni provoqué tal indignación en las masas, con las que especulan demagógicamente —como es sabido— los fascistas franceses, en su lucha contra la democracia burguesa. Y no olvidéis tampoco cómo contribuye a desarrollar el fascismo el miedo exacerbado de la burguesía francesa a perder su hegemonía política y militar dentro de Europa.

De aquí se desprende que los éxitos logrados en Francia por el movimiento antifascista, de los que hablaron aquí los camaradas Thorez y Cachin, y de los que nos alegramos con toda el alma, no deben considerarse ni mucho menos como señal de que las masas trabajadoras han conseguido cerrar definitivamente el paso al fascismo. Es necesario recalcar una vez más y con toda insistencia toda la importancia de las tareas de la clase obrera francesa en la lucha contra el fascismo, tareas que ya hube de señalar en mi informe.

Sería también peligroso hacerse ilusiones acerca de la debilidad del fascismo en otros países, en que no dispone de una extensa base de masas. Tenemos ejemplos de países como Bulgaria, Yugoslavia, Finlandia, donde el fascismo, aun sin poseer una base amplia, subió sin embargo al poder, apoyándose en las fuerzas armadas del estado y luego intentó ampliar su base aprovechándose del aparato estatal.

Tenía razón el camarada Dutt cuando afirmaba que en nuestras filas había tendencias a enfocar el fascismo de un modo general, sin tener en cuenta las particularidades concretas de los movimientos fascistas en los distintos países, calificando erróneamente como fascismo todas las medidas reaccionarias de la burguesía, y llegando incluso a catalogar como fascistas a todos los sectores no comunistas. Lo que se conseguía con esto no era fortalecer, sino por el contrario, debilitar la lucha contra el fascismo.

Ejército regular de Alemania.

Y aún es hoy el día en que existen restos de este modo esquemático de enfocar el fascismo. ¿Acaso no se manifiesta esta actitud esquemática en la afirmación de algunos camaradas de que el “nuevo régimen” de Roosevelt representa una forma más clara, más aguda de desarrollo de la burguesía hacia el fascismo, que por ejemplo, el “gobierno nacional” de Inglaterra? Hace falta una dosis considerable de esquematismo para no ver que los círculos más reaccionarios del capital financiero norteamericano que atacan a Roosevelt son precisamente y ante todo la fuerza que estimula y organiza el movimiento fascista en los Estados Unidos. No ver detrás de las frases hipócritas de aquellos círculos sobre la “defensa de los derechos democráticos de los ciudadanos americanos” el auténtico fascismo que se está gestando en los Estados Unidos, significa desorientar a la clase obrera en la lucha contra su peor enemigo.

En los países coloniales y semicoloniales van desarrollándose —como se señaló en los debates— ciertos grupos fascistas, pero aquí, naturalmente, no puede hablarse del tipo de fascismo que estamos acostumbrados a ver en Alemania, en Italia y en otros países capitalistas. Aquí hay que estudiar y tener en cuenta todas las condiciones económicas, políticas e históricas absolutamente específicas en congruencia con las cuales el fascismo reviste y seguirá revistiendo sus formas peculiares.

No sabiendo abordar de un modo concreto los fenómenos de la realidad viva, algunos camaradas que padecen de pereza mental sustituyen el estudio minucioso y a fondo de la situación concreta y de la correlación de las fuerzas de clase por fórmulas generales que no dicen nada. Le recuerdan a uno no a los campeones de tiro, que dan certeramente en el blanco, sino a esos “expertos” tiradores que, sistemáticamente y sin errar un tiro, disparan alrededor del blanco, dando siempre más arriba o más abajo, más allá o más acá. Y nosotros, camaradas, como militantes comunistas del movimiento obrero, como vanguardia revolucionaria de la clase obrera, queremos ser aquellos tiradores que sin errar un tiro dan verdaderamente en el blanco.

Frente Único proletario  
y Frente Popular Antifascista

Algunos camaradas se quiebran la cabeza en vano dándole vueltas a esta pregunta: ¿por dónde empezar, por el Frente Único del proletariado o por el Frente Popular Antifascista?

Unos dicen: No se puede proceder a crear el Frente Popular Antifascista antes de organizar un sólido Frente Único del proletariado.

Pero, como, en una serie de países, el establecer el Frente Unico proletario tropieza con la resistencia de los sectores reaccionarios de la socialdemocracia, es mejor empezar de una vez por el Frente Popular y sobre esta base desarrollar luego el Frente Unico de la clase obrera, razonan otros.

Ni unos ni otros comprenden, evidentemente, que el Frente Unico del proletariado y el Frente Popular Antifascista se hallan enlazados por la dialéctica viva de la lucha, se entretajan, se truecan el uno en el otro en el proceso de la lucha práctica contra el fascismo, y no se hallan separados, ni mucho menos, por una muralla china.

No puede pensarse seriamente que sea posible llevar a cabo de un modo efectivo el Frente Popular Antifascista sin establecer la unidad de acción de la propia clase obrera, que es la fuerza-guía de aquel Frente Popular. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo ulterior del Frente Unico proletario depende en gran medida de su transformación en frente popular contra el fascismo.

Representaos, camaradas, a un esquemático tal que, situándose ante nuestra resolución con todo el fuego del verdadero pedante, construyese así su esquema:

primero, Frente Unico del proletariado por abajo, sobre un plano local;

luego, Frente Unico por abajo en escala regional;

luego, Frente Unico por arriba, pasando las mismas fases;

después, unidad del movimiento sindical;

más tarde, incorporación de los otros partidos antifascistas;

a continuación, frente popular desplegado por arriba y por abajo;

después de esto, levantar el movimiento a un nivel más alto, acentuar su contenido político, revolucionario y así sucesivamente.

Diréis, camaradas, que esto es un puro absurdo. Estoy de acuerdo con vosotros. Pero el mal está en que semejante absurdo sectario se da todavía, con harta frecuencia desgraciadamente, bajo una forma u otra, dentro de nuestras filas.

Y ¿cómo se plantea la cosa, en realidad? Naturalmente, que en todas partes debemos esforzarnos por conseguir un extenso Frente Popular de lucha contra el fascismo. Pero, en toda una serie de países, no lograremos pasar de conversaciones generales sobre el frente popular, si no sabemos mediante la movilización de las masas obreras quebrantar la resistencia de los sectores reaccionarios de la socialdemocracia contra el Frente Unico de lucha del proletariado. Así se plantea el problema sobre todo en Inglaterra, donde la clase obrera constituye

la mayoría de la población, donde las tradeuniones y el Partido Laborista conducen a la masa fundamental de la clase obrera. Así se plantea el problema en Bélgica y en los países escandinavos, donde partidos comunistas numéricamente pequeños tienen que enfrentarse con fuertes sindicatos de masas y con partidos socialdemócratas numéricamente grandes.

En estos países, los comunistas cometerían un error político grandísimo si renunciasen a luchar por establecer el Frente Unico proletario escudándose detrás de conversaciones generales sobre el Frente Popular, que no podrá establecerse si no participan en él las organizaciones de masas de la clase obrera. Para lograr, en estos países, un verdadero frente popular, los comunistas deberán llevar a cabo entre las masas obreras una enorme labor política y de organización. Deberán vencer los prejuicios de estas masas, que consideran ya a sus organizaciones reformistas de masas como encarnación de la unidad proletaria, convencer a estas masas de que establecer el Frente Unico con los comunistas significa para ellos pasar a la posición de la lucha de clases, de que sólo este paso garantiza el éxito de la lucha contra la ofensiva del capital y del fascismo. No venceremos las dificultades que se nos presentan planteándonos aquí tareas más amplias. Por el contrario, al luchar por eliminar estas dificultades, prepararemos y, no de palabra, sino de hecho, la creación de un auténtico frente popular de lucha contra el fascismo, contra la ofensiva del capital, contra la amenaza de la guerra imperialista.

El problema se plantea de modo distinto en aquellos países como Polonia, donde a la par con el movimiento obrero se despliega un fuerte movimiento campesino, donde las masas campesinas poseen sus organizaciones, que se van radicalizando bajo la influencia de la crisis agraria, donde la opresión nacional provoca la indignación a las minorías nacionales. Aquí, el desarrollo del frente popular de lucha discurrirá paralelamente con el desarrollo del Frente Unico proletario, y a veces en los países de este tipo el movimiento del Frente Popular puede incluso adelantar al movimiento del frente obrero.

Tomad a un país como España, que atraviesa por el proceso de la revolución democrático-burguesa. ¿Acaso se puede decir aquí que la dispersión organizativa del proletariado exige que se establezca la unidad completa de lucha de la clase obrera, antes de crear un frente obrero-campesino contra Lerroux y Gil Robles. Con este modo de plantear el problema, aislaríamos al proletariado del campesinado, revocaríamos de hecho la consigna de la revolución agraria y facilitaríamos a los enemigos del pueblo la posibilidad de divorciar al proletariado

del campesinado y de contraponer a éste a la clase obrera. Y ésta fue, como es sabido, una de las causas fundamentales de la derrota sufrida por la clase obrera en los combates de octubre de 1934, en Asturias.

Sin embargo, no hay que olvidar una cosa: en todos los países en que el proletariado es relativamente poco numeroso, donde predominan los campesinos y los sectores pequeñoburgueses de la ciudad, en estos países, es tanto más necesario desplegar todos los esfuerzos para establecer el sólido Frente Unico de la misma clase obrera, para que ésta pueda ocupar su puesto de factor dirigente respecto a todos los trabajadores.

Por eso, camaradas, al resolver el problema del frente proletario y del frente popular no se pueden dar recetas universales para todos los pueblos. En estas cuestiones, el universalismo, la aplicación de una misma receta para todos los países, equivaldría —permitidme que lo diga— a ignorancia. Y la ignorancia debe combatirse incluso, y sobre todo, cuando se presenta bajo la envoltura de esquemas universales.

Sobre el papel de la socialdemocracia  
y su actitud ante  
el Frente Unico del proletariado

¡Camaradas! Desde el punto de vista de nuestras tareas tácticas, encierra una gran importancia la contestación acertada que se dé a esta pregunta: ¿es todavía la socialdemocracia en los momentos actuales, y dónde, el sostén principal de la burguesía?

Algunos de los camaradas que han tomado parte en el debate (los camaradas Florin y Dutt) tocaron este problema; pero, en vista de su importancia, es necesario darle una respuesta más completa. Es un problema que se plantean y que no pueden dejar de plantearse los obreros de todas las tendencias, en particular los obreros socialdemócratas.

Es necesario tener presente que en toda una serie de países ha cambiado o está cambiando la situación de la socialdemocracia dentro del estado burgués y también su actitud ante la burguesía.

En *primer lugar*, la crisis ha quebrantado radicalmente hasta la situación de los sectores más favorecidos de la clase obrera, de la llamada aristocracia obrera, en la que, como es sabido, se apoya predominantemente la socialdemocracia. Y estos sectores comienzan cada vez más a revisar sus antiguas ideas acerca de la conveniencia de la política de colaboración de clase con la burguesía.

En *segundo lugar*, en una serie de países, como ya he indicado en mi informe, la misma burguesía se ha visto obligada a renunciar a la

democracia burguesa y a recurrir a una forma terrorista de su dictadura, privando a la socialdemocracia no sólo de la posición que antes ocupaba dentro del sistema de estado del capital financiero, sino también, en determinadas circunstancias, de su existencia legal, someténdola a persecuciones e incluso destruyéndola.

En *tercer lugar*, influidos por las enseñanzas de la derrota de los obreros de Alemania, Austria y España, ° derrota que fue, fundamentalmente, el resultado de la política socialdemócrata de colaboración de clase con la burguesía, y, de otra parte, estimulados por el triunfo del socialismo en la Unión Soviética, como resultado de la política bolchevique y de la aplicación del marxismo revolucionario, los obreros socialdemócratas se revolucionarizan, comienzan a virar hacia la lucha de clase contra la burguesía.

El conjunto de estas causas hace más difícil y en algunos países sencillamente imposible para la socialdemocracia el continuar desempeñando su antiguo papel de sostén de la burguesía.

El no comprender esto sería singularmente perjudicial en aquellos países en que la dictadura fascista ha privado a la socialdemocracia de existencia legal. Desde este punto de vista, ha sido justa la auto-crítica de aquellos camaradas alemanes que en sus discursos señalaban la necesidad de dejar de aferrarse a la letra de fórmulas y acuerdos caducados, relativos a la socialdemocracia, de dejar pasar por alto los cambios operados en su situación. Es evidente que tal actitud nos llevaría a la tergiversación de nuestra línea encaminada a establecer la unidad de la clase obrera y facilitaría a los elementos reaccionarios de la socialdemocracia su labor de sabotaje del Frente Unico.

Pero, el proceso de revolucionarización que se opera en todos los países en el seno de los partidos socialdemócratas, se desarrolla de un modo desigual. No hay que representarse la cosa como si los obreros socialdemócratas que se están revolucionarizando fuesen a pasar de *golpe y porrazo* y en masa a la posición de la lucha consecuente de clases y unificarse con los comunistas *directamente*, sin ninguna etapa intermedia. En una serie de países, este será un proceso más o menos complicado y laborioso, que, en todo caso, dependerá sustancialmente de la justeza de nuestra política y de nuestra táctica. Debemos contar incluso con la posibilidad de que algunos partidos y organizaciones socialdemócratas al pasar de la posición de la colaboración de clases con la burguesía a la posición de la lucha de clases contra la burguesía

° Se refiere a la derrota del movimiento revolucionario en Alemania en 1918-1923, en Austria en 1934 y en España (Asturias) en 1934.

continúen viviendo todavía cierto tiempo como organizaciones y partidos independientes. Y, naturalmente, si tal ocurre, no hay ni que hablar de que tales organizaciones o partidos socialdemócratas no deberán considerarse como el sostén de la burguesía.

No hay que creer que aquellos obreros socialdemócratas que se hallan bajo la influencia de la ideología de la colaboración a lo largo de decenas de años, van a abandonar por sí mismos esta ideología, bajo la acción de unas cuantas causas objetivas. No. Es deber nuestro, de los comunistas, ayudarles a liberarse del peso de la ideología reformista. La explicación de los principios y del programa del comunismo debe llevarse con paciencia y con camaradería, y en consonancia con el nivel de desarrollo político de cada obrero socialdemócrata. Nuestra crítica del socialdemocratismo deberá ser más concreta y sistemática. Deberá basarse en la experiencia de las mismas masas socialdemócratas. Hay que tener presente que basándose, sobre todo, en la experiencia de su lucha conjunta y mano a mano con los comunistas contra el enemigo de clase, podremos y deberemos facilitar y acelerar en los obreros socialdemócratas su desarrollo revolucionario. Para que los obreros socialdemócratas superen las vacilaciones y las dudas, no existe medio más eficaz que su participación en el Frente Unico proletario.

Haremos cuanto de nosotros dependa para facilitar la labor y la lucha en común contra el enemigo de clase, no sólo con los obreros socialdemócratas, sino también con aquellos militantes activos de los partidos y organizaciones socialdemócratas que deseen sinceramente pasar a la posición revolucionaria de clase. Pero, al mismo tiempo, declaramos: aquellos funcionarios socialdemócratas, militantes de filas y obreros, que sigan apoyando el juego escisionista de los jefes reaccionarios de la socialdemocracia y laborando contra el Frente Unico, y que de este modo ayuden directa o indirectamente al enemigo de clase se cargarán ante la clase obrera con una responsabilidad no menor que la responsabilidad histórica de los que apoyaron la política socialdemócrata de colaboración de clase, política que en una serie de países europeos hundió la revolución de 1918 y desbrozó el camino al fascismo.

El problema de la actitud ante el Frente Unico es la línea divisoria entre la parte reaccionaria de la socialdemocracia y los sectores que adquieren en ella una conciencia revolucionaria. Nuestra ayuda a estos sectores será más eficaz cuanto más intensa sea nuestra lucha contra el campo reaccionario de la socialdemocracia que mantiene el bloque con la burguesía. Y dentro del campo izquierdista, la definición de algunos de sus elementos se desenvolverá más rápidamente cuanto con

más decisión luchan los comunistas por el Frente Unico con los partidos socialdemócratas. La experiencia práctica de la lucha de clases y la participación de los socialdemócratas en el movimiento de Frente Unico se encargarán de demostrar, dentro de este campo quién es "izquierdista" de palabra y quién es izquierdista de hecho.

### Sobre el gobierno de Frente Unico

Si la actitud de la socialdemocracia ante la realización práctica del Frente Unico del proletariado en general, es en cada país el signo principal que indica, si ha cambiado, y en qué medida, el antiguo papel del partido socialdemócrata o de algunas partes de él dentro del estado burgués, el signo más claro de esto lo tendremos en la *actitud de la socialdemocracia ante el problema del gobierno de Frente Unico*.

Dentro de una situación en que el problema de la formación de un gobierno de Frente Unico se pone al orden del día como una tarea práctica inmediata, este problema se convierte en un problema decisivo, en la piedra de toque de la política de la socialdemocracia en el país dado: o con la burguesía fascizante contra la clase obrera, o con el proletariado revolucionario contra el fascismo y la reacción, y no de palabra, sino de hecho. Así se planteará el ineludible problema, tanto en el momento de la formación como en el de la permanencia en el poder del gobierno de Frente Unico.

Acerca del carácter y de las condiciones de formación del gobierno de Frente Unico o de Frente Popular Antifascista, creo, camaradas, que en mi informe quedó expuesto todo lo que era necesario para una orientación táctica general. Querer que, además de esto, señalemos todos los medios y condiciones posibles de formación de semejante gobierno, significaría dejarse llevar a un juego estéril de adivinanzas.

Yo quería preveniros contra toda tendencia a la simplificación y al esquematismo, en este asunto. La vida es más complicada que todos los esquemas. Sería falso, por ejemplo, pintar la cosa como si el gobierno de Frente Unico fuese *una etapa obligatoria* en la senda hacia la instauración de la dictadura del proletariado. Será tan falso como lo era antes el presentar las cosas como si en los países fascistas *no hubiese ninguna etapa intermedia* y la dictadura fascista hubiera de ser *obligatoria y directamente* sustituida por la dictadura del proletariado.

El nudo del problema está en saber si, en el momento decisivo, el proletariado de por sí estará preparado para derrocar directamente

a la burguesía e instaurar su propio poder, y si podrá asegurarse, en este caso, el apoyo de sus aliados, o si el movimiento de Frente Unico Proletario y de Frente Popular Antifascista sólo estará, en la etapa de que se trate, en condiciones para aplastar y derrocar al fascismo, sin que pueda pasar directamente a la liquidación de la dictadura de la burguesía. En este caso, el renunciar a formar y apoyar un gobierno de Frente Unico o de Frente Popular basándose sólo en lo indicado más arriba, sería una miopía política inadmisibile y no una política revolucionaria seria.

Tampoco es difícil comprender que la formación de un gobierno de Frente Unico, en países en que el fascismo no está todavía en el poder *no es lo mismo* que en los países de dictadura fascista. En éstos, la formación de un gobierno de ese tipo sólo es posible *en el proceso de derrocamiento del poder fascista*. En los países en que *la revolución democrático-burguesa se desarrolla*, el gobierno de frente popular podrá llegar a convertirse en el gobierno de la dictadura democrática de la clase obrera y del campesinado.

Como ya dije en el informe, los comunistas apoyarán por todos los medios al gobierno de Frente Unico, en la medida en que luche efectivamente contra los enemigos del pueblo y conceda libertad de acción al Partido Comunista y a la clase obrera. En cuanto al problema de la participación de los comunistas en este gobierno, dependerá exclusivamente de la situación concreta. Los problemas de esta índole se resolverán en cada caso de por sí. Aquí, no se puede dar de antemano ninguna receta preparada de antemano.

### Sobre la actitud que ha de adoptarse ante la democracia burguesa

En las discusiones fue ya indicado que en el Partido polaco, que moviliza a las masas contra los ataques del fascismo a los derechos de los trabajadores, "existía, sin embargo, miedo a formular de un modo positivo reivindicaciones democráticas por no despertar ilusiones democráticas entre las masas". Este miedo a formular de un modo positivo reivindicaciones democráticas no existe, bajo una u otra forma, solamente en el Partido polaco.

¿De dónde proviene este miedo, camaradas? Del modo falso, antidia-  
léctico, de cómo se plantea el problema de nuestra actitud ante la  
democracia burguesa. Nosotros, los comunistas, somos partidarios in-  
conmovibles de la democracia soviética, cuya experiencia más gran-

diosa nos ha dado la dictadura del proletariado en la U.R.S.S, donde, en estos momentos, cuando en los países capitalistas se están liqui-  
dando los últimos restos de la democracia burguesa, el acuerdo del  
VII Congreso de los Soviets proclama la implantación del derecho de  
sufragio igual, directo y secreto. Esta democracia soviética presupone  
el triunfo de la revolución proletaria, la transformación de la propiedad  
privada sobre los medios de producción en propiedad colectiva, el paso  
de la mayoría aplastante del pueblo a la senda del socialismo. Esta  
democracia no representa una forma acabada, sino que progresa y  
seguirá progresando en la medida que se desarrollen los éxitos ul-  
teriores de la construcción socialista, con la creación de la sociedad sin  
clases y la superación de las supervivencias del capitalismo en la eco-  
nomía y en la conciencia de los hombres.

Pero, hoy millones de trabajadores, que viven bajo las condiciones del  
capitalismo, tienen necesariamente que determinar su actitud ante *las*  
*formas* que reviste en los diversos países la dominación de la bur-  
guesía. Nosotros no somos anarquistas y no nos es en modo alguno  
indiferente qué régimen político impera en un país dado; si la dicta-  
dura burguesa en forma de democracia burguesa, aunque sea con los  
derechos y las libertades más restringidas, o la dictadura burguesa  
en su forma descarada, fascista. Sin dejar de ser partidarios de la de-  
mocracia soviética, *defenderemos palmo a palmo las conquistas demo-  
cráticas arrancadas por la clase obrera a fuerza de años de lucha tenaz,*  
*y nos batiremos decididamente por ampliarlas.*

¡Cuántas víctimas costó a la clase obrera de Inglaterra conseguir el  
derecho de huelga, la existencia legal de sus tradeuniones, la libertad  
de reunión y de prensa, la ampliación del derecho de sufragio, etc.!  
¡Cuántas decenas de miles de obreros dieron su vida en los combates  
revolucionarios de Francia, a lo largo del siglo XIX, hasta conseguir  
arrancar los derechos elementales y la posibilidad legal de organizar  
sus fuerzas para la lucha contra sus explotadores! El proletariado de  
todos los países vertió mucha sangre por conquistar las libertades de-  
mocrático-burguesas y se comprende que luche con todas sus fuerzas  
para conservarlas.

Nuestra actitud ante la democracia burguesa no es la misma en todas  
las circunstancias. Así, por ejemplo, durante la Revolución de Octubre,  
los bolcheviques rusos libraron una lucha, a vida o muerte, contra  
todos aquellos partidos políticos que se alzaban contra la instauración  
de la dictadura del proletariado, bajo el pabellón de la defensa de la  
democracia burguesa. Los bolcheviques luchaban contra estos partidos



porque la bandera de la democracia burguesa se convirtió por aquel entonces en el banderín de enganche de todas las fuerzas contrarrevolucionarias para luchar contra el triunfo del proletariado. Otra es hoy la situación en los países capitalistas. Hoy, la contrarrevolución fascista ataca a la democracia burguesa esforzándose por someter a los trabajadores al régimen más bárbaro de explotación y de aplastamiento. Hoy, las masas trabajadoras de una serie de países capitalistas se ven obligadas a escoger, concretamente para el día de hoy, no entre la dictadura del proletariado y la democracia burguesa, sino entre la democracia burguesa y el fascismo.

Además, hoy la situación no es la que reinaba, por ejemplo, en la época de estabilización del capitalismo. Entonces, no existía un peligro tan inminente del fascismo, como en los tiempos presentes. Entonces, los obreros revolucionarios tenían ante sí, en una serie de países, la dictadura burguesa en forma de democracia burguesa, contra la cual concentraban el fuego principal. En Alemania, luchaban contra la República de Weimar no porque fuese una república, sino porque era una república *burguesa* que aplastaba el movimiento revolucionario del proletariado, particularmente en los años 1918-1920 y 1923.

¿Pero podían los comunistas seguir manteniéndose en esta posición, incluso cuando el movimiento fascista empezaba a levantar cabeza, cuando por ejemplo, en 1932, en Alemania, los fascistas organizaban y armaban a cientos de miles de individuos de los destacamentos de asalto contra la clase obrera? Indudablemente que no. El error de los comunistas, en una serie de países, y en particular en Alemania, estribaba en que no tenían en cuenta los cambios que se operaban, sino que continuaban repitiendo consignas y se aferraban a posiciones tácticas que habían sido justas unos años antes, sobre todo en los momentos en que la lucha por la dictadura proletaria cobraba un carácter de actualidad y en que bajo la bandera de la República de Weimar<sup>o</sup> se agrupaba, como ocurrió en 1918-1920, toda la contrarrevolución alemana.

Y el hecho de que todavía hoy sea necesario registrar en nuestras filas el miedo existente ante el planteamiento positivo de reivindicaciones democráticas, sólo atestigua una cosa: hasta qué punto nuestros camaradas no han asimilado todavía el método marxista-leninista en el modo de abordar un problema tan importante de nuestra táctica. Hay

<sup>o</sup> Proclamada en Alemania por la Asamblea Constituyente de Weimar (1919), la cual elaboró la constitución. Con la llegada al poder de Hitler (1933) la constitución burguesa de Weimar dejó de existir.

quien dice que la lucha por los derechos democráticos podría desviar a los obreros de la lucha por la dictadura del proletariado. No estará demás recordar lo que decía a este propósito Lenin:

“...Sería por completo erróneo pensar que la lucha por la democracia pueda distraer al proletariado de la revolución socialista, o colocarla en un segundo plano, restándole importancia, etc. Por el contrario, así como es imposible un socialismo victorioso que no realizara la democracia total, así no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no libere una lucha revolucionaria general y consecuente por la democracia.”<sup>o</sup>

Estas palabras deben retenerlas fuertemente, muy fuertemente, todos nuestros camaradas, teniendo presente que de pequeños movimientos para la defensa de derechos elementales de la clase obrera han brotado, en la historia, grandes revoluciones. Mas, para saber enlazar la lucha por los derechos democráticos con la lucha de la clase obrera por el socialismo hay que renunciar ante todo a abordar de un modo esquemático el problema de la defensa de la democracia burguesa.

N o b a s t a t e n e r u n a l í n e a j u s t a

¡Camaradas! El elaborar una línea justa es, huelga decirlo, fundamental para la Internacional Comunista y para cada una de sus secciones. Pero el tener una línea justa no basta para dirigir de un modo concreto la lucha de clases.

Para esto es necesario que se cumpla una serie de condiciones y ante todo las siguientes:

La primera es *asegurar en el terreno de la organización* que se llevarán a cabo, en toda la labor práctica, todos los acuerdos adoptados y la resuelta superación de todos los obstáculos que se alcen en el camino.

*Otra condición es saber convertir los acuerdos de la Internacional Comunista y de sus secciones en acuerdos de las más extensas masas.* Esto es tanto más necesario ahora, en que se nos plantea la tarea de crear el Frente Unico del proletariado y de arrastrar a las más extensas masas del pueblo al Frente Popular Antifascista. Donde más tangible y claro resalta el genio político y táctico de *Lenin* es en la maestría con que supo llevar a las masas, sobre la base de su propia experiencia, a comprender la línea justa y las consignas del Partido. Recorriendo

<sup>o</sup> V. I. Lenin, “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras Completas*, t. XXII, pág., 151, Ed. Política, La Habana, 1963.

toda la historia del bolchevismo, este riquísimo arsenal de estrategia política y táctica del movimiento obrero revolucionario, podemos convencernos de que los bolcheviques jamás suplantaron los métodos de dirección de las masas por los métodos de dirección del Partido.

Además, debe tenerse en cuenta que *será imposible que las extensas masas asimilen nuestros acuerdos, si no aprendemos a hablar en un lenguaje comprensible para ellas*. No siempre, ni mucho menos, sabemos hablar de un modo sencillo, concreto, con conceptos cercanos a las masas y comprensibles para ellas. Todavía no sabemos renunciar a las fórmulas abstractas y aprendidas de memoria. En efecto, fijaos en nuestros manifiestos, periódicos, resoluciones y tesis, y veréis que están escritos frecuentemente en un lenguaje tal, redactados de un modo tan pesado, que su comprensión se hace difícil hasta para los militantes responsables de nuestros partidos. Y no digamos para los obreros de fila.

Si se piensa, camaradas, que, sobre todo en los países fascistas, los obreros que difunden y leen estas hojas se juegan la vida, salta a nuestra vista con una claridad todavía mayor la necesidad de escribir para las masas en un lenguaje comprensible para ellas, para que de este modo los sacrificios que se hagan no sean estériles.

En grado no menor se refiere esto a nuestra agitación y propaganda oral. Hay que reconocer con toda sinceridad que en este punto los fascistas han demostrado ser, con harta frecuencia, más habilidosos y más flexibles que muchos de nuestros camaradas.

Recuerdo, por ejemplo, un mitin de obreros parados en Berlín, antes de la subida de Hitler al poder. Era por los días del proceso de los conocidos especuladores y estafadores hermanos Sklarek, proceso que duró algunos meses. El orador nacional socialista que habló en el mitin explotó este proceso para sus fines demagógicos. Señaló las especulaciones, los sobornos y otros delitos cometidos por los hermanos Sklarek, subrayó cómo el proceso contra ellos se alargaba meses, calculó cuántos cientos de miles de marcos llevaba ya costando al pueblo alemán este proceso, y entre formidables aplausos del público dijo que a bandidos de la calaña de los Sklarek había que fusilarlos sin ningún género de dilaciones e invertir a favor de los parados el dinero que se malgastaba en el proceso.

Se levantó un comunista y pidió la palabra. Al principio el que presidía no le dejaba hablar, pero ante la presión del público, que quería oír al comunista, vióse obligado a concederle la palabra. Cuando el comunista subió a la tribuna, todo el mundo estaba atento a lo que iba a decir el comunista. Y, ¿qué dijo?

“¡Camaradas! —exclamó, con voz potente y sonora. Acaba de clausurarse el Pleno de la Internacional Comunista. El nos señala el camino para la salvación de la clase obrera. La tarea principal que nos plantea es, camaradas, *‘conquistar la mayoría de la clase obrera’*. El Pleno ha señalado que es necesario *‘politizar’* el movimiento de los parados. El Pleno nos llama a elevar este movimiento a un grado más alto. . .”

Y el orador siguió hablando en el mismo sentido, creyendo evidentemente que de este modo “explicaba” los verdaderos acuerdos del Pleno.

¿Podía semejante discurso conmover a los parados? ¿Podía satisfacerles el que se les congregase, primero para acentuar el contenido político de sus campañas, luego para revolucionarlos y después para movilizarlos y elevar su movimiento a un grado más alto?

Sentado en un rincón, yo observaba con tristeza cómo aquel público de obreros parados, que tanto habían ansiado oír al comunista, para que les dijese lo que tenían que hacer de un modo concreto, comenzaba a bostezar y daba pruebas inequívocas de su decepción. Y no me causó gran asombro ver que, por último, el presidente retiraba la palabra groseramente a nuestro orador, sin que surgiese ninguna protesta por parte del público. . .

Esto no es, por desgracia, un caso único en nuestras campañas de agitación. Casos de éstos no se daban solamente en Alemania. Agitar así, camaradas, significa agitar en contra de nosotros mismos. Es ya hora de acabar de una vez para siempre con este método infantil —permítidme que la llame así, para no emplear palabras todavía más duras— de agitación.

Mientras yo pronunciaba mi informe, el Presidente, camarada Kuusinen, recibió de la sala de sesiones del Congreso una carta muy significativa dirigida a mí. Voy a leerla:

“Le ruego que en su intervención en el Congreso toque un problema a saber: que, de aquí en adelante, todos los acuerdos y decisiones de la Internacional Comunista se redacten de tal modo, que puedan entenderlos no sólo los comunistas preparados, sino que cualquier trabajador, sin preparación alguna, al leer los materiales de la Internacional Comunista descubra enseguida qué quieren los comunistas y qué beneficio aporta el comunismo a la humanidad. Es cosa que olvidan algunas cumbres del Partido. Hay que recordárselo y todavía más enérgicamente. Y desarrollar la agitación por los comunistas en un lenguaje comprensible.”

No sé, a ciencia cierta, quién es el autor de esta carta. Pero no cabe duda alguna de que este camarada refleja en ella el sentir y los deseos de millones de obreros. Muchos de nuestros camaradas piensan que su agitación y su propaganda son mejores cuanto más empleen palabras altisonantes, fórmulas y tesis incomprensibles para las masas, olvidando que precisamente el más grande jefe y teórico de la clase obrera de nuestro tiempo, *Lenin*, hablaba y escribía siempre en el lenguaje más comprensible para las extensas masas.

Es menester que cada uno de nosotros asimile firmemente como una ley, como ley bolchevique, esta regla elemental:

*¡Cuando escribas o hables, piensa siempre en el obrero de fila que tiene que entenderte, creer en tus llamamientos y estar dispuesto a seguirte!*  
*¡Piensa en aquellos para quienes escribes y a quienes hablas!*

### Sobre los cuadros

Camaradas: Hasta nuestros mejores recuerdos se quedarán sobre el papel si no tenemos hombres que sepan llevarlos a la práctica. Y aquí, no tengo más remedio que dejar sentado, desgraciadamente, que uno de los problemas más importantes, el problema *de los cuadros*, ha pasado en nuestro Congreso casi inadvertido.

El informe del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista fue discutido por espacio de siete días, hablaron numerosos oradores de diversos países y sólo alguno que otro se detuvo de paso en este problema extraordinariamente esencial de los partidos comunistas y del movimiento obrero. En su actuación práctica, nuestros partidos están muy lejos todavía de tener la conciencia de que *los hombres, los cuadros, lo deciden todo*.

La actitud despectiva ante el problema de los cuadros es tanto más inadmisibile cuanto que constantemente estamos perdiendo en la lucha una parte de nuestros cuadros más valiosos. Pues nosotros no somos una sociedad científica, sino un movimiento combativo, que está constantemente en la línea de fuego. Nuestros elementos más enérgicos, más valientes y más conscientes luchan en primera fila. El enemigo se ceba especialmente en ellos, en la vanguardia, los asesina, los sepulta en las cárceles y en los campos de concentración, los somete a torturas horribles, especialmente en los países fascistas. Esto agudiza de un modo particular la necesidad de completar, de formar, de educar constantemente nuevos cuadros.

El problema de los cuadros cobra también una agudeza especial por otra razón: porque bajo nuestra influencia se despliega el movimiento

de masas del Frente Unico, del que se destacan muchos miles de nuevos activistas proletarios. Además, a las filas de nuestros partidos afluyen no sólo elementos revolucionarios jóvenes, obreros que se van revolucionarizando y que jamás han tomado parte hasta ahora en el movimiento político. También vienen a nosotros, frecuentemente antiguos miembros y activistas de los partidos socialdemócratas. Estos nuevos cuadros reclaman una atención especial, sobre todo en los partidos ilegales, tanto más cuanto que estos cuadros poco preparados teóricamente, se ven ya enfrentados a menudo en su labor práctica con los problemas políticos más serios que ellos mismos tienen que resolver.

El problema de *una política justa de cuadros* es el problema más actual para nuestros partidos y también para la Juventud Comunista, y para todas las organizaciones de masas, para todo el movimiento obrero revolucionario.

¿En qué estriba una política justa de cuadros?

En primer lugar, *es necesario conocer a los hombres*. En nuestros partidos, como norma, no hay un estudio sistemático de los cuadros. Sólo durante los últimos tiempos, los partidos comunistas de Francia y Polonia, y en el Oriente el Partido Comunista de China, consiguieron determinados éxitos en este terreno. El Partido Comunista Alemán emprendió, también, en su tiempo —antes de pasar a la ilegalidad— la labor de estudiar a sus cuadros. Y la experiencia de estos partidos enseñó que, apenas se empezaba a estudiar a los hombres, comenzaban a descubrirse militantes que antes habían permanecido inadvertidos y de otro lado, los partidos comenzaban a depurarse de elementos extraños, política e ideológicamente nocivos. Basta apuntar el ejemplo de Celor y Barbé, en Francia, que, al ser examinados por el microscopio bolchevique, resultaron ser agentes del enemigo de clase y fueron arrojados de las filas del Partido. En Hungría la revisión de los cuadros facilitó el descubrimiento de nidos de agentes provocadores, de agentes del enemigo, cuidadosamente enmascarados.

En segundo lugar, *es necesario promover acertadamente los cuadros*. La promoción de cuadros no debe ser un asunto casual, sino una de las funciones normales de los partidos. Es un mal sistema que las promociones se efectúen inspirándose exclusivamente en razones cerradas de partido, sin tener en cuenta si el camarada designado para un cargo tiene relaciones con las masas. Las promociones deberán efectuarse sobre la base de tener en cuenta la aptitud del militante para cumplir una u otra función de Partido y la popularidad entre las masas de los cuadros elegidos. En nuestros partidos tenemos ejemplos de promociones que han dado resultados excelentes. En la presidencia de nuestro

Congreso, por ejemplo, se sienta la comunista española, camarada Dolores. Hace dos años, trabajaba todavía en la base. En los primeros encuentros con el enemigo de clase, se reveló como una excelente agitadora y luchadora. Promovida luego a la dirección del Partido, se ha revelado también como un miembro muy digno de ella.

Podría señalar, también, una serie de casos análogos, tomados de algunos otros países.

Pero en la mayoría de los casos, la promoción de cuadros se efectúa de un modo desorganizado, al azar y, por tanto, no siempre con acierto. A veces, se eleva a la dirección a razonadores hueros, a fraseólogos, a charlatanes, que dañan directamente la causa.

En tercer lugar, *es necesario saber aprovechar los cuadros*. Hay que saber descubrir y utilizar las cualidades valiosas de cada activista. Hombres ideales no existen: hay que tomarlos a todos como son, corrigiendo sus lados flojos y sus defectos. Conocemos en nuestros partidos ejemplos escandalosos de mala utilización de comunistas buenos, honrados, que rendirían un beneficio serio, si se les asignase un trabajo más en consonancia con ellos.

En cuarto lugar, *es necesario distribuir acertadamente los cuadros*. Ante todo, hay que hacer que en los eslabones fundamentales del movimiento estén hombres enérgicos, en contacto con las masas, salidos de sus entrañas, hombres firmes y de iniciativa; que en los grandes centros haya una cantidad adecuada de militantes de éstos. En los países capitalistas, el trasiego de cuadros de un lugar a otro no es cosa fácil. Este problema tropieza aquí con toda una serie de obstáculos y dificultades, entre ellos, con problemas de orden material, de orden familiar, etc.; dificultades que hay que tener en cuenta y resolver de un modo adecuado, cosa que no solemos hacer, ni mucho menos.

En quinto lugar, *es necesario prestar una ayuda sistemática a los cuadros*. Esta ayuda debe consistir en darles instrucciones minuciosas, en controlarlos sobre un plano de camaradería, en corregir sus defectos y sus errores, en la dirección concreta y cotidiana de los cuadros.

En sexto lugar, *es necesario velar por la conservación de los cuadros*. Es necesario saber replegar a tiempo los cuadros sobre la retaguardia, reemplazándolos por otros nuevos, si así lo reclaman las circunstancias. Debemos exigir, sobre todo en los partidos ilegales, la más estricta responsabilidad de la dirección en cuanto a la conservación de los cuadros. La acertada conservación de los cuadros presupone, también, la más seria organización de la labor conspirativa dentro del Partido. En algunos de nuestros partidos, muchos camaradas creen que los partidos están ya preparados para pasar a la clandestinidad por el hecho

de haber sido reconstruidos meramente de un modo esquemático, formal. Tuvimos que pagar caro el que la verdadera reconstrucción no comenzase hasta después de pasar a la ilegalidad, bajo la acción inmediata de los duros golpes del enemigo. Recordemos lo caro que le costó al Partido Comunista de Alemania el paso a la clandestinidad. Esta experiencia debe servir de advertencia seria a aquellos partidos nuestros que hoy son todavía legales, pero que mañana pueden perder su existencia legal.

Sólo una política de cuadros justa dará a nuestros partidos la posibilidad de desplegar y utilizar hasta el máximo la fuerza de los cuadros existentes y sacar constantemente del grandioso manantial del movimiento de masas nuevas y mejores elementos activos.

*¿Qué criterios fundamentales deben guiarnos en la selección de cuadros?*

*Primero. La más profunda abnegación por la causa de la clase obrera y fidelidad al Partido*, probadas en la lucha, en las cárceles, ante los tribunales, cara a cara con el enemigo de clase.

*Segundo. La más íntima conexión con las masas*: vivir para los intereses de las masas, tomar el pulso a la vida de las masas, a su estado de espíritu y a sus pretensiones. La autoridad de los dirigentes de nuestras organizaciones de Partido debe basarse ante todo, en el hecho de que la masa ve en ellos a sus dirigentes, se convenza sobre la propia experiencia de su capacidad de dirigentes, de su decisión y abnegación para la lucha.

*Tercero. Saber orientarse por sí mismo en las situaciones y no tener miedo a la responsabilidad por sus decisiones*. No es dirigente quien teme incurrir en responsabilidad. No es bolchevique quien no sabe demostrar iniciativa, quien dice: "Yo me limito a hacer lo que me mandan." Sólo es verdadero dirigente bolchevique aquel, que no pierde la cabeza en la hora de la derrota ni se ensoberbece en la hora del triunfo y demuestra una firmeza incommovible en la aplicación de las decisiones adoptadas. Los cuadros se desarrollan y crecen del mejor modo cuando se ven colocados ante la necesidad de resolver por su cuenta los problemas concretos de la lucha y sienten toda la responsabilidad que esto supone.

*Cuarto. Disciplina y temple bolchevique*, lo mismo para luchar contra el enemigo de clase que para combatir irreconciliablemente todas las desviaciones de la línea del bolchevismo.

Debemos, camaradas, recalcar con tanta más energía la necesidad de estas condiciones para una certera selección de los cuadros que en la

práctica se da con harta frecuencia, el caso de preferir a un camarada que sabe, por ejemplo, escribir literariamente o hablar muy bien, pero que no es hombre de acción y que no sirve para la lucha, a otro, que tal vez no escriba ni discurre tan bien, pero que es, en cambio, un hombre firme, de iniciativa, compenetrado con las masas, capaz de luchar y de conducir a otros a la lucha. ¿Acaso son raros los casos en que un sectario, un doctrinario, un razonador huero, desplaza a un hombre abnegado, que conoce bien la labor de masas, a un auténtico dirigente obrero?

Nuestros cuadros dirigentes deben asociar el conocimiento de lo que hay que hacer a la consecuencia bolchevique y a la fuerza revolucionaria de carácter y de voluntad para llevarlo a la práctica.

A propósito del problema de los cuadros, permitidme, camaradas, detenerme también en el formidable papel que está llamado a desempeñar el Socorro Rojo Internacional en relación con los cuadros del movimiento obrero. La ayuda material y moral que las organizaciones del S.R.I. prestan a los presos y a sus familias, a los emigrados políticos y a los revolucionarios y antifascistas perseguidos ha salvado la vida y ha conservado las fuerzas y la capacidad combativa de miles y miles de valiosísimos luchadores de la clase obrera, en diversos países. Los que hemos estado en la cárcel, conocemos por experiencia propia la grandiosa importancia de la actividad del S.R.I.

El S.R.I. ha sabido conquistarse con su actuación el amor, la simpatía y la profunda gratitud de cientos de miles de proletarios y de campesinos e intelectuales revolucionarios.

Bajo las actuales condiciones, bajo las condiciones de la reacción burguesa creciente, de las embestidas furiosas del fascismo, de la agudización de la lucha de clases, el papel del S.R.I. crece extraordinariamente. Ante el S.R.I. se plantea ahora la tarea de convertirse en una auténtica organización de masas de los trabajadores, en todos los países capitalistas (y particularmente, en los países fascistas, adaptándose a las condiciones especiales de éstos). Debe llegar a ser, por decirlo así, a su modo, la "Cruz Roja" del Frente Unico proletario y del Frente Popular Antifascista, abarcando a los millones de trabajadores, la "Cruz Roja" del ejército de las clases trabajadoras que luchan contra el fascismo, por la paz y por el socialismo. Para poder desempeñar con éxito este papel, el S.R.I. tiene que crear miles de activistas propios, numerosos cuadros propios, cuadros del S.R.I. que respondan por su carácter y por su capacidad a la misión especial que le está reservada a esta organización, tan extraordinariamente importante.

Y aquí, tenemos que decir del modo más enérgico y categórico: si el burocratismo, la actitud seca y egoísta ante los hombres, es siempre abominable en el movimiento obrero, en las actividades del S.R.I. esto es un mal rayano en el crimen. Los luchadores de la clase obrera, las víctimas de la reacción y del fascismo, los que sufren en los calabozos y en los campos de concentración, los emigrados políticos y sus familias, deben encontrar en las organizaciones y en los funcionarios del S.R.I. la acogida más atenta y más cuidadosa. El S.R.I. debe comprender y cumplir todavía mejor su deber en punto a la ayuda que hay que prestar a los luchadores del movimiento proletario y antifascista, y en particular, por lo que se refiere a la conservación física y moral de los cuadros del movimiento obrero. Y los comunistas y obreros revolucionarios que militan en las organizaciones del S.R.I. deben sentir en cada uno de sus pasos su enorme responsabilidad ante la clase obrera y ante la Internacional Comunista, que confía en ellos para el cumplimiento eficaz de la misión y de las tareas del S.R.I.

Camaradas: como es sabido, la mejor educación de los cuadros, es la que se logra en el transcurso de la lucha misma, venciendo las dificultades y las pruebas, pero también sobre los ejemplos positivos y negativos. Tenemos cientos de ejemplos de comportamiento modelo en tiempos de huelga, en manifestaciones, en las cárceles, en los procesos. Tenemos miles de héroes, pero por desgracia, también no pocos casos de pusilanimidad, de inestabilidad y hasta de deserción. Y muchos olvidan frecuentemente unos y otros ejemplos, no aprovechan su fuerza educadora, no dicen qué es lo que hay que imitar y qué es lo que hay que rechazar. Hay que estudiar la conducta de los camaradas y de los militantes obreros, en las cárceles y en los campos de concentración, ante los tribunales, etc. De esto hay que sacar lo positivo, hay que señalar los ejemplos dignos de ser imitados, y rechazar lo podrido, lo no bolchevique, lo filisteo. Después del Proceso de Leipzig, tenemos una serie de actuaciones de nuestros camaradas ante los tribunales burgueses y fascistas, que demuestran que en nuestro campo crecen numerosos cuadros que comprenden perfectamente lo que significa comportarse como bolchevique ante los tribunales.

Pero, ¿cuántos aun entre vosotros —delegados al Congreso— conocen en detalle el proceso de los ferroviarios de Rumanía, el proceso de Fiede Schulze, decapitado por los fascistas en Alemania, el proceso del valiente camarada Itzikava en el Japón, el proceso de los soldados revolucionarios búlgaros y tantos otros, en los que se mostraron ejemplos dignísimos de heroísmo proletario?

Hay que popularizar estos ejemplos dignísimos de heroísmo proletario, poniéndolos de manifiesto para contrarrestar la pusilanimidad, el filisteísmo y todo lo que sea podredumbre y debilidad dentro de nuestras filas y en las filas de la clase obrera. Hay que utilizar del modo más amplio estos ejemplos, para educar a los cuadros del movimiento obrero.

¡Camaradas! Los dirigentes de nuestros Partidos se quejan frecuentemente *de que no hay gente*, de que escasea la gente para la labor de agitación y propaganda, de que escasea la gente para los periódicos, de que escasea la gente para los sindicatos, de que escasea la gente para trabajar entre los jóvenes, entre las mujeres. Escasea, escasea la gente. A esto, querríamos contestar con las viejas y perennemente nuevas palabras de Lenin:

“... *No hay hombres y hay infinidad de hombres*. Hay infinidad de hombres, porque tanto la clase obrera como sectores cada vez más variados de la sociedad proporcionan cada año más y más descontentos que desean protestar... Pero al mismo tiempo, *no hay hombres*, porque... *no hay talentos capaces de organizar un trabajo a la vez amplio y unificado, coordinado, que permita utilizar todas las fuerzas, hasta las más insignificantes.*” °

Es menester que estas palabras de Lenin se asimilen profundamente y que se cumplan por nuestros partidos como norma directiva cotidiana. Hombres, hay muchos; hay que saber descubrirlos dentro de nuestras propias organizaciones, en tiempos de huelgas y manifestaciones, en las diversas organizaciones obreras de masas, en los órganos de Frente Unico; hay que ayudarles a formarse en el proceso del trabajo y de la lucha, hay que colocarlos en una situación que les permita aportar realmente un beneficio a la causa obrera.

Camaradas: nosotros, los comunistas, somos hombres de acción. Ante nosotros se plantea la tarea de la lucha práctica contra la ofensiva del capital, contra el fascismo y la amenaza de la guerra imperialista, la lucha por el derrocamiento del capitalismo. Y precisamente esta tarea *práctica* formula a los cuadros comunistas la exigencia de per-trecharse obligatoriamente con la teoría revolucionaria, pues la teoría da a los militantes prácticos poder de orientación, claridad de perspectiva, seguridad en el trabajo, fe en el triunfo de nuestra causa.

° V. I. Lenin, “¿Qué Hacer?”, *Obras Completas*, págs. 474, 475, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1959.

Pero la auténtica teoría revolucionaria es irreconciliablemente enemiga de todo teoricismo castrado, de todo lo que sea jugar estérilmente a las definiciones abstractas. *Nuestra teoría no es un dogma, sino un guía para la acción*, ° dijo más de una vez Lenin. *Esa es la teoría que necesitan nuestros cuadros como el pan de cada día, como el aire, como el agua.*

El que verdaderamente quiera desterrar de nuestra labor el esquematismo muerto, el funesto escolasticismo, debe extirparlos con las masas y a la cabeza de las masas, y *trabajar infatigablemente* por asimilar la poderosa, fecunda, omnipotente teoría bolchevique, la doctrina de Marx, Engels, Lenin.

En relación con esto, considero singularmente necesario fijar vuestra atención en la labor de nuestras *escuelas de Partido*. No son empellones, razonadores, ni maestros en citas, los que tienen que preparar nuestras escuelas. ¡No! De entre sus muros han de salir luchadores prácticos de primera fila por la causa de la clase obrera. Luchadores de primera fila no sólo por su audacia, por su abnegación, sino también porque sepan ver más lejos, porque conozcan mejor que el obrero de filas el camino que conduce a la emancipación de los trabajadores. Todas las secciones de la Internacional Comunista deben, sin echar el asunto en saco roto, ocuparse de organizar seriamente escuelas de Partido, haciendo de ellas *las forjas* de donde han de salir aquellos cuadros de luchadores.

La misión fundamental de nuestras escuelas de Partido reside, a mi juicio, en enseñar a los miembros del Partido y de la Juventud Comunista que cursan en ellas la aplicación del método marxista-leninista a la situación concreta de cada país, a las condiciones dadas, a luchar no contra el enemigo “en general”, sino contra el enemigo concreto, dado. Para esto hay que aprender no la letra del leninismo, sino su espíritu vivo, revolucionario.

De dos modos se pueden preparar los cuadros en nuestras escuelas de Partido.

*Primer modo*: preparar a los hombres de un modo abstractamente teórico, esforzándose por darles la mayor cantidad posible de conoci-

° Lenin cita en repetidas ocasiones la frase de Marx y Engels (V. I. Lenin, “*La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*”, pág. 62, Ed. Política, La Habana, 1963) expresada en la carta de F. Engels a F. Sorge, fechada el 29 de noviembre de 1886 en la que critica a los emigrados socialdemócratas alemanes residentes en América. Dice que para ellos, la teoría “es un dogma, no una guía para la acción”.

mientos, instruyéndolos en el arte de redactar literariamente bien tesis y resoluciones, y tocando solamente de pasada los problemas del país en cuestión, su movimiento obrero, la historia, las tradiciones y la experiencia del Partido Comunista de que se trata. ¡Solamente de pasada!

*Segundo modo:* el aprendizaje teórico en que la asimilación de los principios fundamentales del marxismo-leninismo se basa en el estudio práctico por los alumnos de los problemas cardinales de la lucha del proletariado en su propio país, para que, al incorporarse de nuevo a la labor práctica, sepan orientarse por sí mismos, *puedan convertirse en organizadores y dirigentes prácticos que marchan por su cuenta y sean capaces de conducir a las masas a la batalla contra el enemigo de clase.*

No todos los que pasaron por nuestras escuelas de Partido se han revelado como aptos. Muchas frases, abstracciones, formación libresca, erudición externa. Y lo que nosotros necesitamos son organizadores y dirigentes de masas verdaderos, auténticamente bolcheviques. Los necesitamos apremiantemente, para el día de hoy. Aunque un alumno no esté en condiciones, si acaso, de escribir buenas tesis, y eso que también esto nos es muy necesario, lo importante es que sepa organizar y dirigir no asustándose de las dificultades y sabiendo vencerlas.

La teoría revolucionaria es la *experiencia condensada*, generalizada del movimiento revolucionario; los comunistas deben utilizar cuidadosamente en sus países no sólo la experiencia de las luchas pasadas, sino también la de las luchas actuales de otros destacamentos del movimiento obrero internacional. Pero, el utilizar acertadamente esta experiencia, no significa en modo alguno, *trasplantar mecánicamente*, las formas y los métodos de lucha de unas condiciones a otras, de un país a otro, como se hace con harta frecuencia en nuestros partidos. La imitación escueta, el limitarse a copiar los métodos y las formas de trabajo, aunque sean los del mismo Partido Comunista de la Unión Soviética, en países donde todavía impera el capitalismo, puede, con las mejores intenciones del mundo, dañar más que favorecer, como ha ocurrido en realidad no pocas veces. Precisamente la experiencia de los bolcheviques rusos debe enseñarnos a aplicar de un modo vivo y concreto *la línea internacional única* de la lucha contra el capital a las particularidades de cada país, extirpando implacablemente, poniendo en la picota, entregando a las burlas de todo el pueblo, las frases, los patrones, la pedantería y el doctrinarismo.

Hay que estudiar, camaradas, estudiar constantemente, a las burlas de todo el pueblo, las frases, los patrones, la cárcel. ¡Estudiar y luchar, luchar y estudiar!...

□

¡Camaradas! Jamás, ante ningún Congreso Internacional de los comunistas, manifestó la opinión pública mundial un interés tan vivo como el que hoy vemos que despierta nuestro Congreso. Sin exageración podemos decir que no hay un solo periódico importante, ni un solo partido político, ni un solo personaje político y social, más o menos destacado que no esté pendiente de la marcha de este Congreso.

Las miradas de millones de millones de obreros, campesinos, gentes modestas de las ciudades, empleados e intelectuales, de pueblos coloniales y nacionalidades oprimidas, se vuelven hacia Moscú, hacia la gran capital *del primero, que no será el último*, estado del proletariado internacional. (APLAUSOS.) En este hecho vemos nosotros la confirmación de la gran importancia y actualidad de los problemas discutidos por el Congreso y de sus acuerdos.

Los aullidos furiosos de los fascistas de todos los países, y sobre todo, del fascismo alemán enfurecido, no hacen más que confirmar que con nuestros acuerdos hemos dado en el blanco.

En la noche tenebrosa de la reacción burguesa y del fascismo, en la que el enemigo de clase se esfuerza por mantener a las masas trabajadoras de los países capitalistas, la Internacional Comunista —el partido internacional de los bolcheviques— descuella como el faro que señala a toda la humanidad la única senda certera para emanciparse del yugo del capital, de la barbarie fascista y de los horrores de la guerra imperialista.

En esta senda, la etapa *decisiva* es la creación de la unidad de acción de la clase obrera. Sí, la unidad de acción de las organizaciones de la clase obrera de todas las tendencias, la cohesión de sus fuerzas en todos los terrenos de su actividad y en todos los sectores de su lucha de clases.

La clase obrera debe luchar hasta conseguir *la unidad de sus sindicatos*. Es en vano que algunos dirigentes reformistas de los sindicatos se afanen por asustar a los obreros con el espantajo de la liquidación de la democracia sindical por la intervención del Partido Comunista en los asuntos de los sindicatos unificados, por y con la existencia de fracciones comunistas en el seno de los sindicatos. Querer presentarnos a nosotros, comunistas, como enemigos de la democracia sindical, es

el más puro absurdo. Nosotros defendemos y sostenemos por sí mismos sus propios problemas. Estamos dispuestos incluso a renunciar a la creación de fracciones comunistas en los sindicatos, si ello es necesario en interés de la unidad sindical. Estamos dispuestos a tratar acerca de la independencia de los sindicatos unificados respecto a todos los partidos políticos. A lo que somos resueltamente opuestos es a cuanto signifique hacer depender a los sindicatos de la burguesía, y no renunciamos a nuestro punto de vista de principio sobre la inadmisibilidad de que los sindicatos mantengan una posición neutral ante la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado.

La clase obrera debe luchar hasta conseguir la *unificación* de todas las fuerzas de la juventud antifascista y por reconquistar todos aquellos sectores de la juventud trabajadora que han caído bajo la influencia desmoralizadora del fascismo y de otros enemigos del pueblo.

La clase obrera debe esforzarse por lograr y logrará la unidad de acción en todos los campos del movimiento obrero, unidad de acción que se conseguirá tanto más rápidamente cuanto más decidida y firmemente sepamos nosotros, los comunistas y los obreros revolucionarios de todos los países capitalistas, aplicar en la práctica la nueva orientación, táctica adoptada por el Congreso respecto a los importantísimos problemas actuales del movimiento obrero internacional.

Sabemos que en nuestro camino habrá muchas dificultades. Nuestro camino no es una carretera asfaltada, no es un camino sembrado de rosas. No, la clase obrera tendrá que vencer no pocos obstáculos, obstáculos que se alzan también en su propio seno, y tendrá ante todo que paralizar radicalmente el juego escisionista de los elementos reaccionarios de la socialdemocracia. Le esperan numerosos sacrificios, bajo los golpes de la reacción burguesa y del fascismo. Su nave revolucionaria tendrá que sortear numerosos escollos, antes de arribar a la orilla salvadora.

Pero hoy la clase obrera de los países capitalistas ya no es la que era en 1914, al estallar la guerra imperialista, ni la que era en 1918, al terminar la guerra. Hoy la clase obrera tiene tras sí la rica experiencia de veinte años de lucha y de pruebas revolucionarias, las amargas enseñanzas de una serie de derrotas, sobre todo en Alemania, en Austria y en España.

En la Unión Soviética, el país del socialismo victorioso, la clase obrera dio ante sí, el ejemplo inspirador de cómo se puede vencer al enemigo de clase, establecer su poder y edificar la sociedad socialista.

La burguesía ya no impera *indivisiblemente* en el mundo entero. En la sexta parte del planeta, gobierna la *clase obrera victoriosa*.

La clase obrera tiene una vanguardia revolucionaria, fuerte y coherente: la Internacional Comunista.

A favor de la clase obrera, camaradas, trabaja toda la marcha del desarrollo histórico. En vano los reaccionarios, los fascistas de todos los colores, la burguesía del mundo entero se esfuerzan en volver atrás la rueda de la historia. No, esta rueda gira y seguirá girando por el camino hacia la Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas, hasta la victoria definitiva del socialismo en el mundo entero.

*Una cosa, sin embargo, falta a la clase obrera de los países capitalistas: la unidad dentro de sus propias filas.*

Por eso quisiéramos que desde esta tribuna resonara con mayor fuerza en el mundo entero el grito de guerra de la Internacional Comunista, el grito de Marx, Engels y Lenin:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

J. Dimitrov, *Obras Completas*,  
t. X, págs. 132-176, Sofía, 1954.